

RINCONES



SILVIA YULMANELI MORENO LEÓN

JÓVENES ◊ PASIÓN Y LIBERTAD | LITERATURA | **NOVELA**



Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricoli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricoli
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras



Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

RINCONES

Silvia Yulmaneli Moreno León

JÓVENES. PASIÓN Y LIBERTAD | NOVELA



Rincones

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2022

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Silvia Yulmaneli Moreno León, por el texto
© José Jesús González González, por el prólogo

ISBN (colección GEM): 978-607-69828-2-2
ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-813-1
ISBN (GEM): 978-607-5910-02-4
ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-816-2

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/12/22

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diseño y formación: Rogelio González Pérez
Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández y Jimena Ramírez Olivares

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la autoría.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

Hecho en México / Made in Mexico

Nadie puede cuestionar que el mundo actual demanda acciones eficaces en todos los campos de la vida. Las generaciones jóvenes asimilan la información de su realidad histórica, la procesan y van fraguando gradualmente una voz propia. Esa voz que se alza frente al orden establecido debe ser escuchada, porque es portadora de la simiente del pensamiento evolutivo, del paso que marca el cambio de una generación a la siguiente.

Por ello, la Secretaría de Cultura y Turismo no escatima esfuerzos en la creación de diferentes vías que ayuden a la maduración del talento joven, a la difusión de sus ideas estéticas a través de la creación intelectual y artística, alimento del pensamiento humanista que, hoy por hoy, es el camino más firme hacia la paz mundial.

Conscientes de estos principios, nos hemos dado a la tarea de abrir nuestras puertas a jóvenes artistas y pensadores mexicanos que destacan en los diversos géneros literarios: novela, cuento, ensayo, poesía y dramaturgia; en la reflexión y el pensamiento filosófico, histórico, antropológico y social; en las artes plásticas como pintura, grabado y escultura, o en las artes gráficas, digitales y cinematográficas.

Es así como surge el proyecto Jóvenes. Pasión y Libertad, nueva colección del Fondo Editorial Estado de México en coedición con la Universidad Autónoma del Estado de México, que abre un espacio para dar cauce a las voces de la juventud creadora, además de reconocer su trabajo y sus aportes a la literatura, el pensamiento y las artes de nuestra entidad.

MARCELA GONZÁLEZ SALAS Y PETRICIOLI
Secretaria de Cultura y Turismo

Fortalecer la inclusión en la universidad y en la sociedad, al igual que la identidad de los diversos sectores de la población mexiquense, mediante la amplia participación de jóvenes en actividades literarias, artísticas y culturales es el principal objetivo de la Universidad Autónoma del Estado de México en materia de difusión cultural. Así lo definió la comunidad universitaria de la Uaemex en su Plan Rector de Desarrollo Institucional 2021-2025.

Por ello, a las universitarias y los universitarios nos llena de entusiasmo participar como coeditores en el diseño y lanzamiento de la acertada colección Jóvenes. Pasión y Libertad, que incluye obras de artes visuales, literatura y pensamiento filosófico, realizadas por jóvenes que practican los diversos géneros de estas tres vertientes de la producción intelectual en nuestra entidad.

Cada obra publicada en esta colección constituye un trabajo reflexivo sobre la realidad que, gracias a su tratamiento artístico, logrará detonar nuevas experiencias estéticas, intelectivas y morales en el público lector.

A su vez, la colección Jóvenes. Pasión y Libertad ha sido construida con una mirada abierta a la innovación de temáticas y técnicas que las jóvenes autorías seleccionadas han planteado con arrojo y energía.

Deseo que las obras que conforman esta colección se inserten en la rica tradición literaria hispanoamericana y dialoguen durante mucho tiempo con la crítica especializada y el público en general. Que así sea para el deleite de todas y todos.

Somos Uaemex

Patria, Ciencia y Trabajo
DR. CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ
Rector

Rincones o la estética de la enfermedad

En cada persona hay un universo oculto que se va extendiendo como telaraña antes de que llegue el amanecer. Sería imposible catalogar el mundo a partir de lo que los otros se han obstinado en llamar normalidad, porque en ese trabajo absurdo se mueve una negación insondable que conduce al ser humano a querer ser ante los demás. La sociedad se ha encargado de marginar a locos y enfermos. Los artistas han intentado acercarnos a ese mundo de sombras, pero pocos entendemos el peso simbólico y vemos en el arte la emanación romántica de un espíritu incomprendido.

Y ése es el problema: romantizar la enfermedad. La historia de la literatura se encuentra plagada de personas que convivieron con el mundo bajo una constante tensión y, al final, terminaron sucumbiendo ante la mano de la parca. De allí que muerte, locura, enfermedad y arte se comprendan bajo el mismo campo semántico, pero pocas veces pueden mirarse cada uno de estos elementos como actos semióticos independientes. Los críticos de finales del siglo xx se encargaron de hacer que este cuarteto se fundiera en una asquerosa quimera que ha arrojado al mundo posmoderno el síntoma de la “enfermedad normalizada” como justificación a una serie de fenómenos cada vez más aceptados como comunes, por lo que cualquier persona puede pregonar: “¡Estoy loco! ¡Estoy enfermo!”, y entonces vendrá toda esa chusma con las palmas preparadas para aplaudir.

Rincones decide irse por otro camino, se aleja de la concepción bella de lo que implica la disfuncionalidad mental. Nos

muestra un panorama crudo, abyecto y lúgubre. Los personajes se debaten en esa palestra entre el tener la voluntad de la vida y la confusión de sentir una inevitable atracción, inconsciente, con la muerte. De allí que el texto de Yulmaneli nos conduzca a terrenos conocidos de una sociedad contemporánea que te exige ser productivo, porque, dentro de un mundo acelerado la palabra enfermedad no tiene cabida extraordinaria, pues se ha desgastado tanto que se ha convertido en un amargo fantasma.

Flora es la personaje que se debate entre ese *eros* y *tá-natos* que poco a poco van perdiendo la delgada línea que los separa, porque en ese anhelo desbordado de vivir se siembra un deseo oculto de perecer. Enfermedad mental, pequeño gusano devorador. No estamos ante el típico texto donde el protagonista es un incomprendido social y eso le da cierta característica interesante; la protagonista no es una artista que hará gala de esa locura, tampoco es una poeta que toma la enfermedad como inspiración. Todo lo contrario, la protagonista es una joven común y corriente sometida a un desbordamiento emocional que la lleva a configurar una comunicación incompleta con *esa otra* que parece habitarla; la dialéctica entre consciencia e inconsciencia se mezclan en la clara incertidumbre de no tener una brújula, de entregarse a desconocidos y suponer que habrá un cambio por mínimo que éste llegue a asomarse en el resquicio de la ventana.

Yulmaneli nos entrega un texto humano, nos da la llave para entender la enfermedad desde una visión descentralizada de la estética de lo bello; de allí que las características físicas de los personajes poco importen y éstos permanezcan suspendidos en una especie de ensoñación, causada por las medicinas psiquiátricas, provocando que personajes, tiempo y espacio parezcan algo abstracto moviéndose sigilosamente en la mente del lector. Es importante mencionar que Flora emula esa condición vegetativa de la que su nombre es propio, por lo que, sin

saberlo, está condenada desde los primeros párrafos. ¿Acaso ella está viva? ¿Hay una voluntad en su espíritu? La enfermedad le quema el cuerpo. Flora lo entiende y se entrega con total entereza a esa llama que a veces lleva el nombre de Julián.

Entre heces y orines de perros y gatos, entre música *underground* noventera, visitas al psiquiátrico, caminatas nocturnas, encuentros casuales y una Ciudad de México caótica, Flora es una Dante que debe bajar a sus infiernos; el problema aquí es que no hay Virgilio; por tanto, va ciega en un mundo oscuro, llegando a confundir lo terrible con lo profundo.

El gran atino que tiene la autora es señalar la enfermedad como un algo que deteriora, pero al mismo tiempo acentúa o vuelve más claro. No ocupa la vieja confiable de hacer que su protagonista sea artista o asesino, pues hacerlo implicaría repetir el cliché adoptado por la mayoría de los escritores del siglo xx. Aquí no hay arte, poesía o música, aquí tenemos a una joven como cualquier otra que habita la urbe, enredándose en su propia telaraña, teniendo que hacer la parte de mosca y araña al mismo tiempo.

JOSÉ J. GONZÁLEZ

Empújame al abismo que hay en ti.

CAIFANES

“Te estoy mirando”

|

—Hoy será un día distinto —dijo Flora al abrir los ojos.

Uno de los cuerpos que ocupa la cama del pequeño departamento duerme extendido, sueña, mientras Flora levanta un brazo para cubrirlo con una cobija.

Ella susurra un nombre. Se levanta, se viste, acaricia al pequeño cachorro y al gato que apenas despiertan. Piensa que, en unos minutos, se irá a luchar por un espacio en el transporte público, marchará a un mismo ritmo junto a otros, bajo la dirección invisible de algún cineasta expresionista, con la música de fondo que puede ser cualquiera que lleven en sus mentes o audífonos.

Ellos, con los que de alguna forma comparte la mañana, caminarán bajo un ritmo inalterado, desprendiendo su aroma de múltiples perfumes, su esencia a humano, y se llenarán de pensamientos que sólo ellos saben cuánto dolor o alegría podrán provocarles durante el día.

Mientras divaga, se coloca la minifalda rosa, el suéter verde, el collar de picos y el labial vino, visualiza una y otra vez en lo que se enfrentará. Como cada día, se unirá al gran conglomerado de empleados de la ciudad. Piensa en que algunos sueños suyos no se verán cumplidos, porque el trabajo le quita mucho tiempo para la escritura y la lectura, pero al menos el estómago no estará vacío y en el techo brillará una luz. Se despide del que descansa tranquilo. Con las botas negras y los audífonos puestos, sale del departamento.

—Los geranios florecen en verano, como cualquier flor, mu-
tan en cada renovación de su existencia, lo único que persiste es

su raíz y su tallo. No poseen un olor embriagante, no tienen espinas que los protejan; son ellos contra los peligros y la maldad del mundo —dice mientras cierra el zaguán y se aleja del edificio.

Lo recuerdo, viniste a casa el segundo día de presentarnos. Mandaste un mensaje a mi celular: “Estoy en el zaguán, baja a abrirme, quiero ver de nuevo la habitación para saber si la rento o busco otro sitio”. Entraste con tu cuerpo menudo. Me miraste con esos enormes ojos brillantes. Mi gato se agazapó para atacarte, pero moviste tu mano ahuyentándolo. Te sentaste en un sillón y yo en el otro. Me dabas miedo, no sabía por qué, pero me provocabas una sensación extraña, nunca me había encontrado con alguien así de cristalina. Me miraste y te acercaste a mí, entonces yo me moví de mi sitio y me puse del lado contrario, parecía que era una cacería. Dijiste: “Vamos a dormir”, y caminaste a mi cuarto como si hubieras vivido aquí siempre. Te seguí, te acostaste y abriste las piernas mientras yo me bajaba el pantalón. Me acosté sobre ti y me besaste. Esa noche, y muchas otras, hicimos lo mismo hasta el amanecer para saber si realmente nos gustaba estar juntos.

Cuando te mudaste aquí, llegabas cansada, molesta por el trato y la naturaleza de tu trabajo en la oficina; al rato, ya estabas desnuda en la cama estirando tus brazos hacia mí.

Tirado en la cama, desprolijo y ajeno a lo que le rodea, Julián duerme, mientras las lentejas se cocinan en la parrilla eléctrica que su novia le regaló. La puerta del cuarto está abierta, su gato y su perro lo observan desde la sala. Se escucha un ladrido. El gato salta por los sillones y se detiene bajo la cama de su amo, da un brinco y se queda ahora sobre su cuerpo. Tocan a la puerta. Julián se mueve y

despierta. Tiene que subirse los pantalones y ponerse las botas, su único par de zapatos, para evitar pisar la orina del perro. Abre. Una mujer le entrega el recibo de la luz y del agua. Agradece. Vuelve hacia adentro. Revisa la sopa y regresa a la cama. Con los ojos cerrados, extiende su brazo buscando a su novia, pero se encuentra con el perro, que le lame la mano.

Hoy no pudo despedirse de la chica que ama, se quedó dormido. Ya no viven juntos. Ella intentó quitarse la vida en el baño, cortó sus brazos tantas veces como pudo porque decía que no sentía dolor y no podía tranquilizarse. Después de eso, tuvo que irse a casa de uno de sus hermanos para estar con mayor vigilancia.

Sobre una silla que se ha vuelto una mesa improvisada descansa una fotografía de aquellos días felices, la visita al museo que ella ansiaba conocer desde su llegada a la ciudad. Ambos sonríen y tocan sus manos. Lo único que queda de Flora en ese lugar, además de su recuerdo, son dos macetas con geranios que adornan una de las ventanas; Julián las cuida para demostrarle su afecto, y parece que las flores lo saben, entonces florecen y el lugar se llena de armonía.

Su departamento está casi vacío, no tiene más que dos sillones sucios en la sala y una parrilla eléctrica en la cocina, vive sin refrigerador. El lugar está más lleno de olores que de muebles, olores de todo tipo: orina y heces de perro y gato, comida de días pasados, perfumes y fluidos. Extiende el brazo para coger un libro sobre psicoanálisis, que empieza a leer. Acaricia al gato y pone una canción en su celular, la voz que sale del aparato lo envuelve como si fueran brazos: "And if young Nigel says he's happy... He must be happy", canta Colin Moulding.

Julián tiene hambre y vuelve a la cocina. Hoy será otro día tranquilo, no tiene que trabajar como su novia.

—Eso es lo que la enferma, lo que la angustia hasta desear desaparecer —reflexiona sobre ello, en su novia veinte años menor, a la que no comprende. Intenta recordarla mientras la ha tenido en sus brazos, pero sus recuerdos se mezclan con aquellas noches en que tuvo que correr mientras la llevaba al hospital.

—En una ocasión... —piensa, y aparece en su recuerdo la imagen de Flora semidormida porque ingirió siete pastillas de quetiapina, quería estar tranquila y le habían dicho que tomarlas reduciría su estrés. Tomó siete porque es su número de la suerte y porque creyó que no podían causarle daño. Aquella noche, ella conoció un dolor físico no experimentado antes. Una doctora le explicó que debían meterle un tubo por la nariz para hacerle un lavado de estómago. Él sólo pudo imaginar la escena. Flora le dijo que la doctora la abrazó y tomó su rostro, introdujo el tubo, pero no llegó al estómago hasta la segunda ocasión.

—¿Cómo llegué a ese punto?! ¿Cómo pasé de cortarme los brazos a los quince a tener una manguera en mi estómago a los veinticuatro?! —gritó ella al salir del hospital.

No murió esa vez, durmió aunque no descansó. Al día siguiente, llegó temprano al trabajo y dijo, sin mencionar lo de la sobreingesta de medicamentos, que tuvo un repentino ataque de ansiedad que la obligó a dejar su puesto, pero que se encontraba en mejores condiciones para continuar con su labor.

—En otra ocasión... ella se desangraba y gritaba —él no puede más con esas memorias, se va de espaldas, choca con la pared, se lleva las manos al rostro y termina con esas imágenes.

Enciende la televisión, escucha una conferencia y vuelve a sumirse en su libro de psicoanálisis. Se le ha quitado el hambre. Quizá por la tarde llegue Flora, con mirada de niña que se irá sin moverse del sitio, también vendrá como una mujer risueña, luego como una

adolescente que llora; a todas las quiere y todas le asustan, sobre todo la de los brazos cicatrizados, pero ella no aparece tan a menudo, sólo cuando el dolor es insoportable. *Flora tus personalidades son tus pétalos. Pero tu esencia ¿dónde está? A veces, todo regresa a la normalidad cuando aparece la chica que me enamoró... Llegas con tu vestido blanco y te sientas en el sillón que ahora ocupa el gato. Me sigues con la vista, me abrazas y me besas: primero la mejilla, luego la frente y bajas a la boca, entonces la felicidad retorna...*

Después de un rato, ocurre lo mismo, dices: "Me has matado, él clavó el cuchillo y tú lo enterraste". Hablas de esa manera, mientras acaricias tu vientre. "Volveré a la tierra y daré fruto de nuevo", dices, te quedas en posición fetal y lloras con un dolor que solamente tú conoces; después de esto, ya no puedo cruzar esa barrera, sólo me quedé allí, mirándote acostada.

La sombra de la amargura nos engullía, y a veces lo sigue haciendo. Esto ocurre una y otra vez, es un ciclo interminable que parece no acabar jamás. Lo único que puedo hacer es no tocar tus cosas porque, si lo hago, volverán a ocurrir desgracias. No debo tocarte por un buen rato o debo usar algo intermedio entre los dos, una tela o algo que impida el contacto. Tú sonríes y preguntas: "¿Qué significa toda esa parsimonia?"

Hubo tiempos felices en los que no repetías palabras incesantemente ni en voz baja, como si lanzaras conjuros contra seres invisibles, sino que dabas suspiros de satisfacción en mis oídos, mientras nuestros cuerpos se entrelazaban con fuerza. Todo acabó aquel día que extrajeron de tu cuerpo, Flora, el fruto de todas esas noches de amor.

Julián está solo con el perro y el gato. Flora no está en la casa, quedan sus fotografías y algunas huellas de su presencia. Tal vez vuelva más tarde, le llamará después del trabajo para preguntar si pasará la noche con él o irá con su hermano.

—¿Cómo que no tomas tus medicamentos en el tiempo indicado? —pregunta la mujer con bata blanca a Flora.

—Lo siento, simplemente que estoy harta de esa rutina, son cuatro medicamentos, y en total seis pastillas las que tengo que tomarme al día, no veo los efectos del medicamento en la cabeza, pero sí en el estómago.

—Pues, si no ves los efectos, es porque no los tomas como están prescritos, los tomas un día sí y tres días no. Así no funciona, Flora.

—Doctora, estoy muy cansada de todo esto...

—A penas llevas un año de tratamiento, sé paciente y constante. Verás que con eso te ayudarás mucho más. ¿Qué tal la terapia?

—Pues... tampoco he ido en estas últimas dos semanas, no he tenido el dinero para pagarla.

—Pero seguro que sí para salir por las noches y hacer tus compras compulsivas de libros y ropa. Flora, debes ayudarte para que salgas más rápido de esto. Sigues viendo a tu novio, ¿verdad? Yo no puedo prohibirte nada, pero ya te hemos dicho, tu terapeuta y yo, que esa relación no te conduce a nada de provecho.

—Usted me lee de una manera que no puedo ocultarle nada. No he dejado de ver a Julián, simplemente no puedo. Lo quiero, y si estoy ahora frente a usted es gracias a él que me trajo, entonces no es del todo malo para mí.

—Bueno, solamente piénsalo. Al menos, ya no te cortas y la disociación ha cedido, eso es algo bueno, ¿sí lo has notado? Te

miro mejor, pero me preocupa que no tomes tus medicamentos y que no seas constante con tus terapias. Tu cita es dentro de dos meses, recuérdalo.

Flora sale del consultorio. Piensa en lo que le ha dicho su psiquiatra. Mira a su alrededor y observa a seres iguales que ella. Se angustia cuando escucha a una mujer cantar con una voz áspera una alabanza religiosa mientras teje algo. Voltea a otro sitio y se encuentra frente a la mirada de un hombre que parece no tener conciencia. Vienen a su cabeza las veces que llegó a ese hospital en un estado deplorable. Julián siempre estuvo con ella, eso le ayudó a resistir todo lo que pasaba en esos días aciagos. Camina en medio de la gente que va entrando. Sale del hospital y se dirige a casa de su hermano.

Mi nombre es Flora Farfán. Nací y crecí en un pueblo a las afueras de una ciudad industrial. Mi infancia fue agradable hasta que conocí a la persona que desencadena la enfermedad que me persigue y acompaña. Mi adolescencia resultó terrible, dormía poco, comía casi nada y me cortaba los brazos para fijar mi atención en un dolor que pudiera palpar. De esos malos recuerdos, solamente me quedó una amistad valiosa que conservo hasta hoy.

Vine a esta ciudad tratando de escapar de aquello que me lastimaba y en busca de experiencias nuevas que me permitieran tener otra idea de la vida. Trabajo para una compañía que se dedica a realizar estrategias fiscales para grandes empresas y personalidades del país. No es el trabajo de mi sueños, no era a lo que me quería dedicar después de salir de la universidad, pero, como diría un amigo que siempre pierde su empleo porque no logra acoplarse nunca a las exigencias de alguno, al menos tengo con que mantenerme. La labor que hago en la oficina me devora el corazón, me quita el tiempo valioso, ha reducido mi vida a la lectura de facturas y flujos de operación. Ahora comprendo a Kafka; a veces, estoy segura de que despertaré convertida en un monstruo insecto, porque estoy abrumada, con humo en la cabeza. Cómo siento esa estrofa del poema de Robert Walser: “La luna nos mira desde fuera/y me ve languidecer como un pobre oficinista/bajo la mirada severa/de mi jefe”.

Sin embargo, he conocido a personas extraordinarias en este sitio, todos locos y soñadores, dolientes por los infortunios

que han pasado debido a la enfermedad que nos persigue. Hemos tropezado en medio de tanta gente, nos hallamos inmersos en el vacío. Algunos intentamos salir, hacemos lo que se nos pide para sanar, vamos a terapia, tomamos medicamentos, todo sea para ser funcionales de nuevo, para servir a la sociedad que nos ha desechado y nos ha excluido, por no comprender algunas de nuestras excentricidades.

Diagnosticados y estigmatizados, cargamos con esta angustia que nos carcome y con ilusiones que son espejismos que nos ayudan, como una droga, a prevalecer entre tanto dolor. No hay forma de salvarnos, a pesar de las buenas voluntades. Es nuestra carga, Saturno es nuestro signo.

Es otro día para mí. Vengo apretada en el transporte público. Todo es un gran desorden en esta ciudad, nada en comparación de la que yo vengo, aquí la gente se pierde entre la muchedumbre. Eso me gusta, perderme, desaparecer entre la masa. Aquí es sencillo.

Dejé durmiendo a Julián, y pienso en el tiempo que llevamos juntos, no ha sido sencillo, luchamos con nuestros demonios día a día, no es lidiar con lo que tenemos, nuestra cabeza está llena a veces de marañas que nos impiden hacer cosas que la demás gente hace con habilidad, como levantarse de la cama, lavarse los dientes, ir al trabajo. No, no es sencillo.

Miro por la ventana, y observo cómo la gente pasa, sus rostros. Cuando llegué a esta ciudad, me aterraban los indigentes, quizá por verme reflejada en ellos. Mirar la locura aterra, y más cuando se está cercano a ella, no es algo placentero.

Recuerdo cuando llegué aquí, el miedo que tenía a extrañarme y luego desaparecer para siempre. Lo que no sabía es que yo ya estaba extraviada, Julián lo notó desde que comenzamos a vivir juntos, me dijo: “Eres distinta, no te das cuenta, pero cambias según tu estado de ánimo y disfraz que decidas usar”.

Entonces yo no sabía, aunque lo intuía desde niña, que mi percepción de las cosas y mi manera de actuar no se ajustaban a

los parámetros considerados como normales. A veces mis cavilaciones oscilan sobre eso. Me pregunto qué dirían en mi oficina si supieran que padezco esta condición, ¿cambiarían la idea que tienen de mí? No es que me preocupe, pero es curioso. Alguna vez le conté a un compañero sobre esta enfermedad que padezco, y solamente se limitó a decir: “Pareces tan normal, no creo que tengas nada, quizá el diagnóstico está equivocado”. Yo me reí, y pensé, pues ¿qué quieren que parezcamos? ¿Quieren que también nos acoplemos al perfil o a la imagen que se ha elaborado durante siglos sobre nosotros?

Ya casi llego a la oficina. Hoy no parece que las cosas sean distintas; sin embargo, cómo quisiera que lo fueran.

Mientras escuchan “Jumping someone else’s train”, de The Cure, bailan Julián y Flora en un bar cerca de la Condesa, sudan por lo pequeño del sitio y ríen. El maquillaje de Flora se ve un poco derretido por el calor del lugar, pero no importa. Beben algo de cerveza rebajada con agua, o al menos a eso sabe. Pasan de las dos de la mañana, y tienen que regresar a casa, la zona donde viven es peligrosa y ya no pasan camiones.

Flora le dice a Julián que ya es noche, se miran y regresan. Toman un taxi que los deja en la puerta del complejo de departamentos, bajan del auto. Se abrazan y caminan por el laberinto de edificios. Los perros ladran. Ellos van sumamente ebrios. Se dicen cosas inentendibles. La minifalda de *animal print* de Flora se ha levantado un poco más, Julián la besa en el cuello. Suben las escaleras del edificio donde está el departamento. Flora se resbala y sale una carcajada de su boca, Julián también ríe. Abren la puerta y entran. Flora quiere seguir bailando, pone “Horses”, de Patti Smith, y comienza a bailar. Julián la mira mientras prende un cigarro de marihuana. Los animales se acuestan a lado de él.

—¿Alguna vez pensaste que seríamos tan felices? —pregunta ella.

—No —él hace una sonrisa, que más bien parece una mueca.

La canción termina y Flora se sienta a lado de Julián, toma su rostro con una mano y mete la lengua en su boca, comienzan a besarse. Julián le quita la chaqueta de cuero y la falda. Tienen relaciones en el sillón. Cuando todo acaba, quedan agotados y duermen abrazados.

Llega la mañana. El cuarto no tiene cortina, el sol golpea sus rostros y los despierta.

—¿Sabes?, cuando yo era pequeña, en una de las tantas ocasiones que la persona que hacía el aseo en mi casa me golpeó, fui a esconderme al lugar donde guardaban la despensa, apagué las luces y comencé a repetir muchas veces “quiero morirme”, mientras lloraba. Cuando miré las cosas que estaban a mi alrededor, todas tenían su contorno plateado. Salí corriendo del lugar, tendría cinco años. Desde allí no había pasado por nada igual, hasta el día del aborto. Esa noche, mientras sangraba, te veía con un contorno plateado, entonces me di cuenta de que estaba perdida de nuevo.

Julián la mira, pero no dice nada, solamente extiende su brazo para acariciarle el hombro.

—Ya pasó, Flora.

—Lo sé... Tú nunca me cuentas nada de lo que te pasó a ti, debió ser terrible porque siempre lo esquivas.

—No es necesario que lo sepas. Hablemos de otra cosa.

—Está bien...

Flora se levanta y prepara el desayuno en la pequeña parrilla que tienen. Huevos fritos porque no hay otra cosa. Desayunan, para después salir a pasear, es domingo y Flora quiere ir al centro de la ciudad, caminar en medio de toda la gente y sentir que no existe.

Los paseos en el tianguis del Chopo eran constantes, allí compraba mis medias y collares, y a veces algunos vestidos. Tú ibas detrás de mí con tus lentes oscuros, tu pantalón de mezclilla y tu camisa de franela. Caminábamos en medio de todos los góticos y *punks*, pensábamos en qué dirían mis padres si me vieran metida allí. Por la noche, salíamos a los bares, nuestro favorito se encontraba en San Pedro de los Pinos, allí bebíamos hasta caer rendidos, mientras escuchábamos música de los ochenta y noventa. Luego caminábamos a casa de tu madre y dormíamos separados, para no incomodarla.

Así eran nuestros sábados y domingos, estar con tu mamá que nos contaba sus historias sobre la facultad de medicina, de sus viajes por el país en la caravana de teatro de la que formaba parte y de sus visitas en los campamentos zapatistas. En ocasiones, hacíamos de comer, como aquella vez que hicimos un pollo al horno, ¡cómo nos divertíamos! Tú y yo dormíamos a gusto en los sillones de la sala, nos reíamos y platicábamos sobre las veces en que nos quedábamos a dormir a escondidas en su otra casa que tenía en Coyoacán, el frío que pasábamos porque no tenía cobijas.

Pero nuestra vida era en la noche, caminábamos de Buenavista a Atlampa tomados de la mano, tarareando canciones y sonriendo, aunque algunos tipos que vivían en la vecindad vigilaban cada uno de nuestros pasos, no les gustábamos. A ti te golpearon en una ocasión porque les parecías un indigente, qué equivocados estaban, ¿tú, un indigente? Si supieran que en

tu vida has rentado y que no necesitas trabajar para sobrevivir. Llegábamos a casa, nos sentábamos en el sillón de la sala lleno de mugre de las patas del perro y del gato y encendíamos la televisión que tu madre nos había regalado, mirábamos las noticias de Canal 22, yo me acostaba en tu regazo. A veces encendías tu pipa llena de mariguana, y el olor lo llenaba y se mezclaba con todo. Yo no consumía, mi adicción eran las benzodiacepinas. Llegaba la hora de dormir, íbamos al cuarto, cerrábamos la puerta para que no entraran los animales, yo me desnudaba y extendía mis brazos hacía ti. Entonces tú me abrazabas, te quitaba la ropa y hacíamos el amor hasta casi el amanecer. Después, exhaustos, nos recostábamos abrazados, no sin antes abrir la puerta para que nuestras mascotas pudieran dormir con nosotros, y así todas las noches. Tú me mirabas y llorabas diciéndome bajito: “Te quiero... qué bueno que estás aquí”.

Cada mañana, abría los ojos esperando despertar en un lugar distinto. No por ti, Julián, sino por la suciedad que nos rodeaba, dormíamos sobre un colchón viejo lleno de manchas y olores. La pared también tenía manchas y, en algunas partes, estaba descarapelada. El suelo no podía pisarse descalzo, por los pelos de los animales y por su orina. Solamente teníamos un foco para todo el departamento. Sin embargo, no sentíamos que nos faltara algo, estábamos completos al amanecer juntos.

VII

Hay estirpes que deberían ser el fruto más delicioso del árbol, porque se alimentan de ramas fuertes y sanas. Pero ocurre todo lo contrario. Pensaba eso cada vez que visitaba a tu madre. ¿Recuerdas a los hijos de ese escritor? El chico tenía una enfermedad incurable que le dañó el alma, y terminó suicidándose. Tu mamá nos contó sobre el psicoanalista que lo trataba. ¿Recuerdas? Su hermana se suicidó pocos años después, o, bueno, murió porque las sobredosis no pueden categorizarse así. ¿Recuerdas qué pasó? ¿Recuerdas qué se dijo? Pensaron que era una pordiojera. Tú tienes la misma edad, debiste escuchar o leer algo. Yo no tengo memoria de nada de aquel año, salvo que mi cuerpo comenzaba a cambiar. Es curioso, mientras tú fumabas mota acostado sobre otro pecho, el mío apenas se estaba formando.

Debes conocer esta historia. Tú, mejor que nadie, debes conocerla. Creciste así, y ahora mi tarea es repararte, no obstante tus dolores son más viejos que mi cuerpo. Vístete. Tenemos que salir a caminar, el hedor de este cuarto me vuelve loca. Podría alucinar de nuevo que existen tres yoes caminando en círculos mientras cantan y cortan sus muñecas. Pero, anda, cuéntame, ¿qué ocurrió con esos hermanos incestuosos?, los hijos del escritor que lo tenían todo, que habían estudiado en Estados Unidos y vivieron felices en París, el príncipe y la princesa. Cuéntame la historia otra vez, cuando los conociste porque el psicoanalista de él era amigo de tu madre. Me gustan tus cuentos, tus brazos rodeándome y acabando con la ansiedad

que nos asfixia. Dime cómo eran sus rostros, me dijiste que ninguno tenía ojos azules, aunque la madre era hermosa.

Cuéntame... quiero saber, quiero una explicación, algo que nos diga ¿por qué nosotros?... ¿Por qué nosotros somos así?

Siempre te molestaba con esas cosas, y tú solamente me veías y sonreías, sin embargo callabas, entonces yo entendía que no querías hablar de eso. Dejaba de insistir con ese tema, por ese día, pero lo continuaba otro. Siempre quería saber, tener una explicación lógica de por qué padecemos esto, por qué a nosotros que venimos de padres exitosos. A veces, harto de todo, me decías: "Pregúntale a un profesional, que te diga por qué".

Entonces me quedaba callada y te besaba, poníamos música y nos quedábamos dormidos.

VIII

La primera vez que escuché el diagnóstico, yo no estaba allí mentalmente. Me llevaste cargando, mientras sangraba. Vi a otras Floras, y grité porque quería que se acabara esa alucinación. Me llevaste, y te dijeron que tenían que entrevistarme cuando estuviera más tranquila.

—¿Hace esto seguido? —preguntó la doctora.

—Sólo cuando tengo mucho miedo.

—¿Quiere suicidarse? Y, si es así, ¿cuántas veces al día piensa en eso?

—Sí, todo el día lo pienso y lo planeo.

—¿Lleva a cabo conductas de riesgo?

—Supongo.

—¿Qué conductas?

—Sexo sin protección con extraños, sobreingesta de medicamentos y me corto. Amo caminar por lugares oscuros de la ciudad, no me dan miedo, tiento al peligro porque no existe, en ningún sitio lo encuentro.

—Explíquelo...

—Me acosté sin preservativo al segundo día de conocer al hombre que me acompaña, me mudé con él al mes y me embarqué a los dos meses de vivir juntos.

La doctora te hizo pasar. Te dijo que yo necesitaba tratamiento psiquiátrico, mi nueva etiqueta era *borderline*.

Después me hicieron ir al hospital psiquiátrico de manera mensual. La primera vez grité para que no me internaran. Esa noche me salvaste, te comprometiste a cuidarme; verías que

me tomara todos mis medicamentos, evitarías que saltara en el tiempo, que los recuerdos no me comieran el alma, que no tuviera sexo con extraños, que no cortara mis brazos.

Esta enfermedad me persigue desde niña, hacía falta un incentivo para que se mostrara en todo su esplendor. Es la consecuencia de nacer en una buena familia. Crecí rodeada de todo lo que pudiera desear, pero había algo malo en mí.

Tuve una nanita buena que me cantaba todas las noches, me arropaba y me abrazaba. Una nanita joven que jugaba conmigo y me cocinaba comida que sus abuelas le habían enseñado.

Un día se fue, y me quedé al cuidado de otra mujer que abusaba de mí, metía los dedos en mi boca para sacarme la comida. Así se desarrolló el mal que había nacido conmigo. Cogía los cuchillos para hacerme daño y veía fantasmas. Mis padres creían que tenía el poder de ver apariciones y hablar con ellas. Me llevaron con varios sacerdotes y llenaron de agua bendita las habitaciones de la casa para que el demonio no me tocara, pero el demonio no tenía culpa de lo que veía al despertar o escuchaba antes de dormir. No. El demonio no tenía la culpa del abismo con el que nací. Los niños no querían jugar conmigo porque era tímida y extraña, un pequeño monstruo que aterraba a otros. Recordar esto me hace daño, deseo dejar el pasado atrás, sin embargo siempre me alcanza. Por alguna razón, esas pesadillas no desaparecen con ninguna pastilla.

La última vez que visité el hospital psiquiátrico no me reconocieron como enferma mental porque iba bañada y perfumada, pensaron que era visitante; desde ese día me gusta disfrazarme, para despistarlos. Unas veces puedo manejarlo, otras me manejan a mí. Ellas, mis personalidades, deciden cómo contarme la historia de mi vida, sin que yo lo note. No obstante, ahora escucho atenta ese relato para ordenarlo, comprenderlo y, si se puede, tratar de describir cómo es vivir entre el sueño y la vigilia, aunque no lo comprendan o llamen desorden al hilo de mis pensamientos.

La mañana transcurre en la ciudad como cualquier otra. Las calles se iluminan con el sol. Hay gente corriendo o caminando; sus sombras se cruzan unas con otras, igual que sus historias, como hilos que toma al azar una tejedora para hacer un lienzo multicolor.

Unos van a su trabajo con una sonrisa, otros solamente van, marchan, como si fueran un ejército del que sólo se escuchan sus pasos. Otros más toman el transporte público entre mezclas de olores, colores y acentos de todo tipo. Algunos viajan desde lejos, de colonias olvidadas.

Al dar las nueve, llegan y se sientan en sus pequeños sitios devoradores de tiempo. Teclean y escriben notas sobre papel de colores brillantes, lo único que da color a las lúgubres oficinas. Alguien, en su cubículo, parafrasea a su escritor predilecto: “Ellos no pueden ver el cielo. Viven sumidos en la sombra”.

Flora mira el espectáculo desde su lugar, se pregunta por qué nadie se marcha de su oficina, a pesar de lo hartos que están. Quienes más le sorprenden son los que parecen seguir el juego a los capataces de esa pocilga. Flora está fuera de ese mundo adulto, se distrae con las figuras que se forman en la pared, con las manchas del piso, con las voces que gritan su nombre mientras trabaja, ella se entretiene leyendo noticias y las imágenes de las jóvenes que desaparecieron y siguen sin volver a casa, siempre piensa que la siguiente podría ser ella.

Miente a sus jefes cuando les sonrío, les quita el rostro y coloca otro de una persona agradable. Pese a todo y a todos

los actores de este gran escenario, el día transcurre, se aplastan las horas como letras en el teclado. Mira a la pared, come alguna golosina y termina con la rutina. Una y otra vez la piedra cae desde la cima de la montaña para volver a comenzar esta jornada interminable.

La dinámica es la misma que en otros sitios, ponen a una gran cantidad de personas en un lugar pequeño, donde su único entretenimiento radica en ver lo que le ocurre a otros porque no hay las suficientes ventanas por donde pueda colarse el aire fresco. Pero, aquí, en este terrible sitio, también se crean amistades, personas que ayudan a no perder la cordura; sin embargo, se presentan otras que te hacen pensar que el lugar no es solamente una oficina, sino un hospicio que sirve para chupar la poca vitalidad que les queda a algunos.

—Flora, ¿has terminado el trabajo que te solicité ayer por correo? —le pregunta un hombre a la joven.

—Estoy en eso, no he podido terminar porque necesito más información.

—Flora, siempre es lo mismo contigo, siempre tienes una excusa para no terminar lo que se te encarga. Cuando necesites más tiempo o demás elementos para hacer el trabajo, avísame mediante un correo. ¡Siempre es lo mismo contigo!

—Lo siento, no creí que fuera necesario avisar, ya me falta poco.

—Pues, apúrate, esto debe finalizarse antes de la hora de la comida, ¿te quedó claro? Envía un correo a la jefa explicándole porque no tienes el trabajo aún.

—Sí.

Flora voltea a su alrededor, el sujeto que vino a darle órdenes es su supervisor, pero más que un supervisor es un capataz,

al que le gustaba estresar a sus empleados, gozaba haciendo llorar a los trabajadores más jóvenes, los hacía trabajar horas extra para quedar bien con la jefa, aun sabiendo que no les pagaban ese tiempo invertido.

Pero dicen que en todos lados es lo mismo, que todos los trabajos son así, que te exprimen mucho y te dan poco, piensa, mientras teclea las cifras de los reportes de nómina que tiene que hacer para grandes empresas. Lo más gracioso es que estudié literatura para no estar encerrada en una oficina, y heme aquí, en una oficina donde tengo que usar todo mi conocimiento y creatividad para maquillar cifras. Mis padres y algunos amigos me dicen que debo de estar agradecida de tener un trabajo estable. Simplemente no me agrada lo que hago aquí, mas no hay de otra cuando no se tiene el dinero suficiente. Suspira y sigue tecleando.

“Remember me, special needs...” Flora tararea la canción mientras piensa en su amigo Leopoldo, no lo ve desde el día del temblor. Recuerda cuando lo conoció, el primer día que llegó a esa oficina y que él le invito un helado de yogur. Mira hacia la oficina de recursos humanos, parece que ve su silueta, pero nada, es solamente una ilusión. Continúa con sus deberes, sin embargo parece que hoy no puede escapar de sus pensamientos.

Vuelve cada uno, las idas y venidas al mercado para comer diariamente, el verano que pasaron juntos y las noches que iban a bailar. Todo se reduce a un solo recuerdo... Al día del temblor. Flora se lleva las manos a la cabeza, simplemente quiere un poco de paz para este día.

Pero los recuerdos no se van, y tiene que salir a tomar aire. El ambiente de la oficina la asfixia, no quiere volver a adentro, aunque tiene que hacerlo. De cualquier forma, ya es lo último, se ha prometido que dejará de trabajar allí en dos meses. Mira la ciudad, regresa a ese día y fuma un cigarro para tranquilizarse. Lo termina, lo apaga y regresa a su jaula.

La tarde transcurre, acaba otra vez la jornada. ¿Hoy será distinto? Existió un día diferente, donde la muchedumbre caminaba aturdida, en el temblor de 2017. Toda la avenida Insurgentes se llenó de gente que buscaba llegar a su hogar de la manera que fuera. Flora sale, mira a su alrededor, recuerda ese día, pero olvida que la memoria magnífica de los hechos los reconstruye según el antojo de la cabeza que los resguarda. El desperfecto lleva al error, la mente les dará vuelta y los tergiversará hasta el punto de no reconocer otra verdad más que la que se le muestra como evidente.

No vino a trabajar su compañera y amiga. Pero no está sola, otro compañero la invita a comer después del trabajo. Él va vestido todo de negro. Al menos en este lugar donde trabajan no tienen problemas con sus atuendos, porque lo que importa es entregar a tiempo cada uno de los documentos para que sus clientes puedan pagar sus cuentas.

Hay un poco de sol para disfrutar. Caminan juntos, casi abrazados. Deciden ir a comer a una pizzería artesanal, porque, después de todo, trabajar en ese horrible sitio les permite pagar por buena comida. Se sientan a la mesa y, entre sorbos de naranjada y una especie de alcohol, comienzan a hablar del lugar al que le dedican gran parte de su vida, en un horario habitual de cuarenta y ocho horas, esparcidas en seis días.

—¿Cómo llegamos aquí? —pregunta él.

—Un anuncio, enviamos nuestro cv y nos seleccionaron. Fue el único lugar donde fuimos seleccionados, donde vieron

nuestro “gran potencial”, pero también nuestras carencias y nuestras debilidades. Cuando menos lo notamos, estábamos inmersos en un gran charco de alquitrán y lo único que nos ha ayudado a engañarnos es la paga puntual de una miseria comparada con todo el dinero que vemos pasar por nuestros ojos. Ésa es la miel que nos hace pensar que, si bien nos estamos hundiendo, no la estamos pasando tan mal. El primer día que llegas te das cuenta de lo que vas a hacer por mucho tiempo, el trato es malo, pero para nosotros, los que estudiamos algo de humanidades, la vida es difícil. Nosotros trabajamos para esas personas de apellidos bonitos, lo único importante es no mencionar cuáles, tenemos que guardar todo en secreto. Muchas veces se tiene la fantasía de extorsionarlos, otras de mirarlos de frente y saludarlos cuando nos inviten a su cúpula, aunque eso nunca pasará. Con todo esto no quiero llegar a nada, simplemente miro por la ventana y pienso que estudiamos para estar fuera de estos cubículos donde una cámara nos vigila u otros ojos y oídos están atentos a nuestros movimientos, pero salimos de allí y somos otros. Con este dinero de azufre que quema nuestras manos podemos comprar comida y algunas veces darnos un gusto caro, de esos que nuestros clientes, perdón, usuarios, se dan casi a diario. A veces me pregunto si entenderán las operaciones que hacemos en ese sitio que está a la vista de todos. ¿Lo sabrán? Quizá lo único que saben o piensan es que una coma arruinó su negocio y que se perdieron millones de dólares para los viajes a Suiza que su hijo presume en redes sociales, por eso nos llaman enojados cuando uno de nosotros se equivoca.

—Se gana muy poco en este sitio y también se pierde mucho. Yo he vuelto al sonambulismo, no puedo con esto, es un error que hayamos caído aquí. Como una ratonera, nos ponen un poco de queso, del más podrido, pero estamos hambrientos, entonces lo cogemos y con eso tenemos para vivir mientras

esperamos que venga la muerte. No me gusta estar aquí, sin embargo mi terapeuta dice que debo aguardar hasta que me dé el alta, parece que no sabe que este lugar me está volviendo más loco, he vuelto a ser sonámbulo, he hecho cosas inimaginables en ese estado y todo porque no aguanto la culpa de estar en un lugar así. Me genera mucho estrés lo que hacemos, desearía jamás haber tomado la decisión de quedarme aquí, quizá solamente me quede un mes más, no lo sé, tengo deudas grandes con el banco.

Hacinamiento, depresión, necesidad, culpa son palabras arrojadas durante la conversación. Hay risas y pequeños brindis.

—¿Regresarás con tu novio?

—No lo sé, no lo he pensado, creo que está mejor sin mí, no tiene a alguien que le grite todo el tiempo. Mis terapeutas tienen la extraña idea de que un día sanaré y dejaré de amarlo, que estaremos en planos distintos y no podremos comunicarnos. Me pregunto si no saben que esto no tiene cura, que toma fuerza a través del tiempo. ¿Por qué no comprenden que no es una piedra en mi zapato, sino un amuleto que llevo cosido sobre mi pecho izquierdo para protegerme de todo mal? Todo esto es peor para él, que lo sabe bien. Esto no se irá nunca, ni lo que siento por su imagen.

—¿Lo amas tanto?

—Sí. En estos días he estado pensando mucho en lo que tenemos, con lo que nacimos, la maldición de la genética y el azar. Me he preguntado si él, yo y tú nos salvaremos algún día. Hay tantas cosas que me gustaría hacer con Julián, pero sólo terminamos tirados en la cama viendo el techo después de tener relaciones. Estoy molesta, a veces quisiera irme lejos de todo, dejar este trabajo de porquería, y me desespera que Julián no haga

nada para que la carga sea menos pesada; sin embargo, al final, lo entiendo, él es menos “funcional” que yo, no lo miro yendo a una entrevista y luego a un trabajo. Su amigo Horacio dice que un tiempo fue distinto, que se bañaba y arreglaba, que la casa estaba limpia... A mí solamente me quedaron las sobras, pero no me entristezco. Nos queremos a pesar de las circunstancias que nos han rodeado desde el principio. Yo lo acepto y él me acepta.

—¿Crees que algún día esto sea distinto? ¿Para él, para ti y para mí?

—No, estamos al límite, no hay cura para nosotros, nos quedaremos así hasta que alguno salte. Y yo ya no lo quiero, por eso tomo estas pastillas que me recetaron.

—¿Qué pastillas te recetaron?

—Venlafaxina.

—A mí también me recetaron las mismas. Dame un poco, compartámoslas.

—Saca la lengua, la colocaré allí —*Johnny's always running around Running around*, se escucha.

—Ismael, quiero despertar de este sueño...

—No se puede. Divirtámonos antes de que el encanto se acabe.

Se sientan, cantan, comen pizza y beben. Hablan de los chismes de la oficina, se burlan de los jefes y de la suerte por haberse encontrado en ese lugar. Sus miradas se habían cruzado en otros sitios, en Toluca, de donde ambos eran, pero sólo en éste pudieron conocerse y desear no haberse topado.

—Tuve un presentimiento desde que vi la película *Largo viaje hacia la noche*. Llegué tarde a la sala por culpa de Julián, que tiene la sana costumbre de hacer esperar a los demás. Entramos y

no alcanzamos el inicio de la película. Él salió indignado, yo me quedé. La sala estaba casi vacía y la gente trataba de entender la película, era extraña, pero bella; me recordó mi depresión y al anhelo de encontrar a la persona amada, pensé en mi amigo Leopoldo y en el amor que siente por su exnovia, y también pensé en mí, en la necesidad que tengo de ver nuevamente a mi amigo y hablar con él, charlar sobre las cosas que nos han pasado en todo este tiempo, pero no tengo la certeza de que él también quiera verme. De pronto, miré la pantalla y ya no eran los actores quienes estaban dentro de la película, sino mi amigo y yo, él persiguiéndola y yo encontrándome de casualidad en su vida para ser parte de su búsqueda.

—¿Cómo es Leopoldo?

—Es lindo, alto, muy alto, blanco, de cabello negro, compasivo, alcohólico y, a pesar de ello, con un futuro mejor que el nuestro. Es hábil con los números, lo último que supe es que trabajaba para un banco.

—¿Desde cuándo no se ven?

—Desde el día del terremoto, ese día me salvó dos veces: una porque me encontraba muy alterada por lo ocurrido, y otra porque no tenía a donde ir, apenas conocía a Julián y sentía que no debía ir hacia él, porque no había hecho nada por encontrarme. Corrí por la avenida, del metrobús La Piedad al metro Insurgentes, para encontrarme con Leopoldo, porque él trabajaba cerca del metro... pero nada, no había luz ni señal telefónica. En cuanto funcionó de nuevo el metro, fui a su departamento, quería pasar la noche con él, me sentía resguardada y segura a su lado. Lo llamé. Él llegó en taxi a la estación Quevedo. Fuimos a comprar para comer chuleta con pasta. Al llegar a su departamento, presos de la angustia de lo que habíamos vivido y con una sensación de extrañeza, tuvimos relaciones. Luego me quedé dormida porque estaba cansada de haber corrido en la tarde, y solamente escuché que salió para hablar con un

niño que era su vecino, recuerdo sus carcajadas. Al otro día nos despedimos en la estación cu, me dio un beso y desapareció. Cada vez que paso por esos sitios siento que mi recuerdo se materializa y entonces puedo verlo de nuevo. Lo recuerdo de manera compulsiva hasta quedar satisfecha. ¿Sabes?, a él también lo conocí en la oficina. Es curioso, aunque siempre estábamos juntos, nunca nos besamos hasta ese día, y tampoco parecía que yo le gustara de otra forma. Es más, hasta creía que me veía como a una hermana, puesto que nunca lo miré con otras intenciones. Él dejó el trabajo un mes antes del temblor, lo recuerdo.

—¿Estás enamorada?

—No...

—¿Qué hora es?

—8:30...

—Tengo que irme. Vivo lejos, y quiero llegar temprano, descansar un poco, aunque este medicamento me lo impida, dormir y soñar con paraísos artificiales donde solamente cabe gente como nosotros. Pero toma, te dejo esta nota, léela de camino a casa, te acompañará —la besa en la mejilla y se va. Ella guarda la nota en su bolsillo.

Horacio, un hombre de cuarenta años, va a casa de Flora. Ella prometió que esta vez sí lo recibiría. Toca el timbre tres veces, pero nadie responde. Decide hacer una llamada.

—Flora, ¿otra vez olvidaste que vendría?

—Sí, lo siento. Mi celular se descompuso, y no pude saber si vendrías; como decidiste no escribirme por otro medio, creí que no lo harías. Por ahora no estoy en casa. Te veré antes de que regrese con mi familia en el campo. No lo prometo, pero en cuanto deje el trabajo podremos visitarnos con más calma, además aquí no puedes quedarte. Lo siento de nuevo. Te quiero, saludos y besos —cuelga el teléfono.

Lo cierto es que estaba en casa. Le había dado la dirección como señal de amistad, aunque sabía que jamás lo dejaría pasar. Flora estaba en el cuarto que había rentado hace casi cinco meses y no quería ver a Horacio, que había sido, durante algún tiempo, su amante ocasional. No quería verlo, sin embargo él no lo sabía, no le interesaba, solamente quería algo que abrazar, una vagina y si era joven, mejor, pero nada más. Flora no era su amiga, no era más que un cuerpo, pequeño, amorfo y delgado, que tenía como únicos tesoros sus ojos.

Miró su celular, lo puso a su lado. Otra llamada. No quería hablar con nadie.

—Hoy es domingo, yo no cojo en domingo ni hablo de amor en domingo, solamente duermo y leo.

Recostada, se puso a mirar un punto en el techo, sentía paz, una paz que esperaba cada domingo, el día que decidía no

volver a casa y mirar a sus padres, escucharlos hablar de cosas que no le interesaban, cosas que la herían; pero extrañaba a sus hermanitos y a sus perros. Era otro domingo apacible, sin trabajo, sin preocupaciones, con una hogaza de pan rústico, un libro y una tarde maravillosa. A pesar de que no contaba con ventanas en su habitación, entraban algunos rayos de sol a través de la puerta. Estiró los brazos, cerró los ojos y se quedó dormida.

Flora hace una llamada desesperada:

—Ya no puedo seguir con esto, simplemente me quiero ir a casa, creo que nada es peor que lo que estoy viviendo ahora; no sé si me darán el contrato de permanencia en el trabajo. Mi supervisor me odia, cada día inventa una nueva actividad para humillarme, quiero irme de aquí.

—¿Cómo crees? Sigue en pie lo que te dije, puedes quedarte con él y ver qué haces, si te quedas en la ciudad o te marchas de nuevo a tu pueblito.

—No quiero. No lo conozco, ¿quién es?

—Es mi amigo, el que estaba conmigo cuando fuiste por el libro a la catedral, ¿lo recuerdas?

—¿Él? Es muy guapo, ¿tiene novia?

—Sí, sí es guapo, toda su familia lo es.

—Ya...

—Anda, ven, vamos a su casa y si no quieres quedarte, pues no te quedas, sólo vamos a ver...

—Ummm... dile a tu amigo que iré.

—¿El sábado?

—Sí, el sábado estaremos allí. Te espero en el metro, pero ¿sí vendrás? No me dejes esperando, por favor. Si no puedes, avísame. Odio que me dejes plantada.

—Tienes que hablarme más sobre él. ¿Cómo dices que se llama?

—Julián. Tranquila, lo conozco desde la universidad, sé que les irá bien juntos.

—Por favor, no me metas en problemas. Si es igual de drogadicto que tú, no quiero mudarme con él.

—Ya te dije que estés tranquila, te alteras rápido, y no es bueno para tu salud, eres muy joven para ser tan berrinchuda.

—Está bien. Nos vemos el sábado.

—Adiós.

XIII

—¿Sí vendrás, Horacio?

—Sí, llego en una hora a la estación Revolución.

—Estoy en la librería, muy lejos de esa estación, porque no creí que llegarías tan pronto.

—Pues ya estoy aquí, mejor nos vemos en la plaza comercial, por allí está su casa.

—Está bien, perdona, no creí que me llevarías a casa de tu amigo.

Llegué a Revolución, me encontraba aturdida por la gripe, no podía respirar bien, tenía las mejillas sonrojadas por la fiebre que me acompañaba. La tarde era maravillosa y cálida, el sol se reflejaba sobre algunos árboles y los vidrios de los edificios, lo que me traía mucha paz, la paz previa para mirar a Horacio. Vi por la ventana del metrobús las calles por las que había transitado, pero a las que no les había puesto atención. Al llegar al destino, me encontraba frente a Horacio, hice una mueca, él sonrió.

—Abrázame. Me odias, ¿verdad?

—No te odio. Tengo gripe, y no quiero contagiarte —dijo ella con voz fría. No lo miró, no podía reconocerlo, era más viejo

y al mismo tiempo más bajo de estatura, no lo recordaba así, a pesar de que lo había visto hace unos meses.

—¿Cómo es tu amigo?

—Pues es... ya lo conocerás. Es mejor que no te diga nada para que no te predispongas y lo conozcas por ti misma.

—¿Cómo es Julián?

—Vive como artista... Tiene un gato y un perro que siempre se esconden cuando llega algún extraño. Uno se lo dejó la chica con quien vivía. No sé si el gato o el perro.

—¿Cómo es Julián?

—Tiene una mamá guapa e inteligente, psicoanalista.

—¿Cómo es Julián?

—Un cuarto de su departamento no tiene puerta, vive en un lugar cerca del centro de la ciudad.

—¿Cómo es Julián?

—No hay nada más que pueda decirte, yo lo conozco de un modo, tú lo conocerás de otro, no importa lo que yo te diga, no será el mismo Julián para ti.

—Entiendo, pero ¿cómo saber que estaré segura? Siempre me arriesgas, no debo confiar en ti...

—Ya te pedí disculpas, por eso quiero ayudarte.

Están frente a un lugar solitario, donde hay varios edificios viejos, sin ventanas a la calle, pasa poca gente.

—No tengas miedo, ese policía con el *rottweiler* está allí por lo regular, así que estarás segura. Aquí hay una tienda —dijo Horacio señalando una cortina de hierro cerrada—. No te preocupes, hay otra por acá, cerca del edificio donde vive Julián.

Llegan a una puerta de hierro.

—¿Tocarás?

—No sirve el timbre; además, traigo llave.

—Esto está muy solo, quiero irme, ¿está tu amigo?

—Que sí, le escribí ayer. Su celular está descompuesto. Pasa —abre la puerta diminuta por donde sólo puede pasar una

persona a la vez. El interior no es feo, parece que entran a un laberinto.

Suben las escaleras, pequeñas, extrañas... una puerta frente a otra, cuatro departamentos por nivel, los pasillos que las separan y unen no se encuentran en un interior, sino en un exterior que permite ver, desde los improvisados balcones, la avenida principal. Los autos pasan, pero ninguno se detiene, ninguno de importancia, ninguno del que sepa la ruta. Esperan en el quinto piso, miran hacia la avenida, todo es silencio, el cielo es azul y tiene nubes. Flora se siente mejor de la gripa, se le olvida un poco. Esperan, y el hombre no llega. Pasan unos minutos, quizá cinco o diez, aparece subiendo las escaleras y con unas latas de cerveza en las manos. Se miran aunque no lo hacen al mismo tiempo. Entran al departamento, la existencia de animales en ese lugar es evidente, su olor los rodea como a todo lo que existe allí.

Julián ha pedido permiso a su gato y a su perro, dueños del lugar, para recibir visitas, ellos se esconden, pero lo habitan todo. Flora no recuerda si se presentaron. Estaba allí sentada escuchando los planes de Horacio sobre su futura vida en ese lugar, Julián no dijo nada. Se sentó en un extremo de la habitación, ella en otro, en otro estado también, entonces era otra, distinta. Sin sonreír, lo miró. *¿Le agrado? Qué guapo es, qué alto es.*

Era una pequeña sentada en un sillón con dos adultos que comenzaron a drogarse; ella no lo hacía, con su cerebro fugándose de la realidad era suficiente.

Le dan un libro para hojear, le dan cosas que le recuerdan su viaje al extranjero mientras estaba en la universidad, Wenders... Lilith... Lilith... Le dieron un libro sobre las hijas de Lilith, ella es una de sus hijas. Él, Julian, viene, y se vuelve serio, mira su perfil, ella está allí observándolo todo. Al rato alguna de ellas se lo narrará a su conveniencia.

Flora mira la ventana, quisiera no estar ahí, quisiera estar bien muerta y enterrada para no sentir nada, la toman, viene otra que es fría y fuerte, sonrío y coquetea.

—¿Podemos salir de aquí?

—¿A dónde? ¿A dónde quieres ir? —le pregunta Horacio.

—No lo sé, pero no quiero estar aquí, no me gusta estar encerrada los sábados.

—Salgamos, entonces.

—Gracias.

Salieron y pasearon por la ciudad buscando un bar. Horacio no dejaba que Julián y Flora estuvieran juntos, había notado el magnetismo que tenían desde que se miraron a los ojos. Llegan al bar iluminado con velas, donde todos los jóvenes bailan y toman mezcal. Flora se sienta en medio de Horacio y Julián, pero mira a Julián, le arregla el cuello de la camisa, tiene una obsesión con ordenarlo todo y le sonrío. No hablan de nada, solamente se miran, mientras Horacio se embriaga con diferentes tipos de alcohol.

XIV

—*I am a passenger and I ride and I ride I ride through the city's backside I see the stars come out of the sky*, escucha en sus audífonos la voz de Siouxsie Sioux, mientras va en busca del desconocido que la había hipnotizado. Es casi media noche, debe apresurarse para alcanzar el último metrobús que la llevará a Atlampa. Su ritual empezó a las siete, se bañó y después se puso un vestido rojo con puntos blancos, perfumó su cuerpo y maquilló. Sale de su departamento y atraviesa el Parque México para tomar el transporte que la llevará con Julián, el amigo de su amigo Horacio.

Entra al vagón rojo, se sienta cerca de la ventana, a esas horas puede hacerlo, no hay tanta gente como por las mañanas. Se muerde los labios. Pasan veinte minutos, y llega a la estación del metrobús donde tiene que bajarse. Toma su celular y hace una llamada.

—¿Hola? ¿Julián? Ya llegué a la estación, ¿puedes venir por mí? Perdona que haya llegado tan tarde, es que con todo lo del trabajo no pude estar lista antes. Gracias por dejarme dormir en tu casa por hoy para medir la distancia del trabajo y saber si me conviene o no la renta del cuarto que me ofreces.

—Sí, claro... no te preocupes, en un momento voy por ti.

Julián llega con el cabello mojado al lugar donde ella lo esperaba. Se sonríen, se extienden la mano para saludarse, Flora se acerca más y le da un beso en la mejilla. Caminan y llegan al apartamento de Julián, pasan, solamente hay un foco para iluminar el lugar, huele mucho a orina de gato, pero a Flora no le molesta. Los animales se encuentran escondidos.

—¿Quieres un poco de agua? —pregunta él.

—No, así estoy bien —responde ella.

—Así que estamos solos, por primera vez. Es un alivio que no esté Horacio para interrumpirnos con sus ideas de cómo debemos vivir, si es que me quedo a rentar contigo.

—Sí, ese wey con sus ideas...

—Dime, ¿podría quedarme contigo algunos días?, es decir, ¿en tu cuarto? Mientras consigo una cama y pongo la puerta donde sería mi espacio. Cuando llegué a la ciudad y no tenía donde quedarme, le pedí a una amiga asilo, pero no tenía otro cuarto más que el suyo, entonces compartimos cama, debo admitir que ha sido la cama donde mejor he dormido en mi vida, era muy cómoda. Ja, perdón, espero que no te esté incomodando mi plática y mi propuesta, simplemente quiero saber si me conviene quedarme aquí, porque, como ves, no tengo muebles, entonces me sería difícil conseguirlos de inmediato. Perdona mi apertura, pero creo que es mejor ser sinceros desde el principio.

Julián miró asombrado a la chica que le hablaba de esa manera.

—Si quieres puede ser así, cómo tú dices, quedarnos de esa forma... no tengo ningún problema, pero... ¿es en serio?

—Claro que es en serio. Es más, podría pedirte que ya nos fuéramos a dormir, tengo mucho sueño y mañana debo despertarme temprano para ir a trabajar. Vamos a acostarnos y platicamos allí para conocernos mejor.

Flora caminó hacia el cuarto de Julián con una naturalidad asombrosa, como si ya lo hubiera hecho con anterioridad. Él solamente la siguió. En el cuarto no había ninguna luz que lo alumbrara. Ella se tiró en la cama y sonrió. Julián estaba sorprendido por lo que estaba ocurriendo, pero, después de un rato, se acostó a lado de ella. Ambos se quedaron viendo el techo oscuro por un rato.

—¿Sabes?, desde que te vi en la catedral me llamaste la atención, y, cuando vine con Horacio a verte, quedé encantada con tu físico... me gustas mucho.

Flora volteó hacia Julián y lo abrazó. Él contestó al abrazo, se miraron, a pesar de las penumbras, y comenzaron a besarse. Flora metió su lengua en la boca de Julián, se quitó las medias y Julián se bajó los pantalones, llevó sus dedos de la mano izquierda a su boca, les puso un poco de saliva y los untó en su verga para penetrar con mayor facilidad a Flora.

—Es muy grande, tu verga es muy grande —dijo ella mientras suspiraba.

—¿Te gusta?

—Me encanta... —contestó ella, mientras se subía el vestido para que Julián pudiera acariciarla toda—. Me gustas mucho, Julián.

—Quédate conmigo —le dijo mientras unas cuantas lágrimas brotaban de sus ojos.

—¿Por qué lloras?

—Porque no puedo creer que estés aquí conmigo.

—No llores, estaré contigo mucho tiempo. Me quedaré mientras tú quieras.

Continuaron así toda la noche, hasta que sus cuerpos cansados los obligaron a dormir. A la mañana siguiente, Flora despertó abrazada de este hombre mayor. Con delicadeza lo despertó. Se dieron un baño y ella se marchó a trabajar.

Cuando conocimos a Javier Corcobado fue un día extraño. La noche anterior la pasamos fuera de casa, habíamos ido al hospital psiquiátrico porque había vuelto a arrastrarme por el suelo mientras lloraba, te asustaste y me tomaste entre tus brazos para llevarme al doctor. Subimos al camión a eso de las diez de la noche y nos dirigimos al lugar. Nos atendieron a las tres de la mañana. Me recetaron más quetiapina para que ambos pudiéramos dormir en paz. Mis muslos sangraban, porque las medias me apretaban y lastimaban.

No pudimos volver a casa, tuvimos que pagar un taxi que nos dejara en el departamento de Coyoacán de tu madre y por poco nos quedamos a dormir en la puerta del edificio porque la llave no abría, pero al final conseguimos entrar. Descansamos allí, sin embargo no pude bañarme, el departamento no tenía agua caliente, así que con la misma ropa del día anterior me fui al trabajo.

Mis compañeros me veían extraña, pues nunca iba vestida igual dos días seguidos.

Yo estaba un poco aturdida, las crisis siempre me paralizan y agotan, traté todo el día de concentrarme en teclear de manera correcta todo lo que me pedían, pero era inútil, no podía concentrarme. Te llamé por teléfono y me dijiste que Javier Corcobado daría un recital de su nuevo libro, *Dios perdona a Satanás*, en un bar del centro de la ciudad.

Salí de la oficina sintiéndome mal por la noche tan pesada, por el trabajo tan absurdo y por el mal olor, que según yo,

desprendía. Nos encontramos en la calle Madero y de allí nos fuimos al bar a escuchar al gran Corcobado, el cantante que me había acompañado toda la prepa.

Al llegar al bar, nos dimos cuenta de que no había mucha gente, y la mayoría de los presentes estaban extasiados y borrachos. Escuchamos sus poemas y la explicación de estos. Una hora duró el evento. Yo estaba contenta y tú también, Julián. Cuando se bajó del escenario, corrí tras él para pedirle un autógrafo, pero me intercedió su novia. Le dije:

—Déjame tomar una foto con él, acabo de salir del psiquiátrico.

Al escuchar esto, ella tocó mi rostro, me abrazó y llevó hacia él, que se encontraba comiendo. Me senté a su lado, le dije:

—Soy Flora Farfán, gran admiradora tuya, y vengo saliendo del psiquiátrico. El sólo verte y escucharte me pone feliz.

Él sonrió, me dio un lugar en su mesa, me abrazó y dijo:

—No creas todo lo que te dicen en el psiquiatra.

Su novia nos tomó dos fotos. Él me dio su autógrafo en una de las cajas de mi medicina. Nos despedimos. Salí contenta de ese bar. Después, tú y yo, Julián, nos fuimos en medio de la noche a caminar por el centro oscuro, mientras cantaba “Cabalitos de anís”. Tomaste mi mano, y fuimos hacia la parada del metrobús Bellas Artes, para regresar a casa y dormir, por fin.

¿Quieres vivir conmigo?, resuena su voz una y otra vez en su cabeza. Flora se pone de puntitas detrás de la línea amarilla e inclina el cuerpo lo suficiente para ver si el metro está por llegar, espera un momento y se aparta antes de que el tren pase y le arranque la cabeza. Siempre es lo mismo, tienta a la muerte en cualquier lugar, no puede evitarlo, es un mal que tiene desde niña y que se agudizó con una serie de eventos muy desafortunados. Su terapeuta intenta salvarla, pero, en el fondo, las dos saben que los males del alma no pueden curarse, no son un tumor que pueda extirparse.

Se abre la puerta del metro. Flora deja que la gente pase y la empuje, no lucha por entrar como otros, nunca lo ha hecho, no le importa; aunque lleve prisa piensa que es incivilizado. Espera, y, antes de que las puertas se cierren nuevamente, salta y se hunde en medio de la masa que la devora.

Da un parpadeo y se ve allí nuevamente, mirándolo a los ojos y besándolo por última vez.

Nos conocimos en una época donde yo salía a bailar por las noches a los bares under e indie de la ciudad. Él era mi amigo, el mejor amigo que podría tener. Comíamos mangos. Ahora tengo una fijación con esa fruta, la como y pienso en él, siempre pienso en él y a veces lo alucino, escucho su voz llamándome.

Bailábamos juntos. Nuestra canción decía al final: "Let's not show our faces till the end till our dreaming slows till nothings left". Esa canción, "Orgasm of death", de The Growlers, tiene sentido ahora

que no estamos juntos. Cuando nos encontremos en el orgasmo de la muerte. Así parece que será la única forma de volvernos a ver.

Noches en las que melodías under sonaban a todo volumen. Ambos, jóvenes, bailábamos hasta desfallecer. Tú bebías como si no hubiera un mañana, y cómo no, el destino es incierto, mejor disfrutar las cosas antes de que las calamidades aparezcan. Bajo esa premisa nos divertíamos después del trabajo, volábamos y sentíamos todo aquello que nos habían arrebatado encerrados tantas horas.

Estábamos aquí no sólo para mirar el abismo, sino para arrojarlos a él, llegar al límite y no temer por las consecuencias. No tenemos la capacidad de vislumbrar el peligro y escapar. Brindábamos por habernos encontrado, aunque fuera en ese sitio. Entonces, Leopoldo, como siempre, empezabas a hablar de ella, de tu novia y de su cuerpo, y yo, casi siempre, escuchaba atenta. Cada noche era igual, sin descanso. No conoceremos la paz hasta que sea eterna.

No sabía lo que el destino me tenía preparado contigo, mi eterno amigo, pero estoy feliz de recordar nuestros días y noches juntos, antes de que la tempestad nos invadiera y nos arrojara en distintos puntos del mundo.

Flora puede sentarse en un asiento del metro y escuchar música. Baja en una estación cercana al centro y empieza a caminar, la noche es tranquila, el ambiente es cálido y la luna ilumina los edificios viejos abandonados desde el temblor. Después de andar un rato, se sienta a mirar a la gente que corre y trepa a los camiones como si fueran los últimos. Saca la nota y lee: "Hay placeres sensibles directamente interrelacionados con el enervamiento del estatus corporal. KWJ".

Llama a Julián para decirle que no podrá ir a verlo esta noche.

La noche es de los obsesivos que buscan incesante e incansablemente lo perdido en el mar inmenso del tiempo. Se escucha en el pequeño lugar subterráneo “Passion of lovers is for death”, mientras cuerpos bailan y se arrojan unos a otros hipnotizados por el ritmo. La luz es baja, no se distinguen unos de otros; la masa oscura se mueve y se agita, cantan en un mal inglés, pero aun así se puede distinguir la letra. Dos miradas se encuentran, pese a las dificultades para el descubrimiento. Se reconocen, están uno frente al otro.

Las luces bailan al ritmo de “Vitrioli”, de Selofan. Ella cree que lo imagina. No está ahí, está en la penúltima vez que miró su rostro, en un vagón del metro, después del temblor. Cierra los ojos, siente el beso, los abre. Lo mira y no puede decir todo lo que tenía planeado, que lo extrañaba, que miraba su silueta en la oficina de recursos humanos, que recordaba su voz y risa cada que estaba triste, que había tomado su vaso de la alacena y que lo alucinaba, que se preguntaba si él también la extrañaba tanto como ella a él. Se queda callada, porque no puede creerlo. El recuerdo se había materializado, estaban ahí. Salen del lugar.

Una sombra está en la puerta de una habitación, la luz es tenue, hay un pequeño foco mal ubicado que no permite ver la expresión de sus rostros. Ella lo desnuda desesperada, baja y rodea con el borde de sus labios aquello añorado y desmedido, lo

saborea con la lengua, cierra sus ojos y lo introduce hasta sentir la asfixia, una y otra vez, no le permite terminar.

La carga y la pone sobre la cama, encajan. Él pone una mano sobre su cuello y comienza a entrar y a salir con fuerza como partiéndola en dos, mientras ella lame sus dedos.

Sus sombras se funden, dan vueltas de manera violenta y apresurada, como si tuvieran el tiempo contado, se tocan buscando reconocer aquello extraviado. Ella tendrá que palparlo hasta que guarde en su memoria cada sensación y pueda repetirla cuando él desaparezca y su recuerdo termine siendo una construcción de la melancolía y él sea distinto.

Todo termina, y parece que no han pasado dos años desde aquella vez que se despidieron, pero es una ilusión, ninguno de los dos es el mismo. Se escucha un susurro que recita “Mit dunklen blicken sehen sich die liebenden an”.

—¿Qué dices?

—“Con ojos oscuros se miran los amantes”, es de Trakl.

Un verso de una canción de Chernikovskaya Hata resume el final del encuentro, “y el amanecer de la mañana será limpio y fresco. El resultado insatisfecho de las esperanzas”. El hechizo se acaba con los primeros rayos de sol. Él vuelve a la neblina de donde salió, como un fantasma que hace su aparición cada que es evocado con intensidad.

Permanecemos a la deriva, cada cual en su extremo del mundo, estamos absortos y ligeros de cualquier atadura. Nos dañamos con la misma facilidad con la que nos aferramos al pasado doloroso. Ninguno quiere reconocer que necesita ayuda profesional. Nunca más, nos hemos jurado, tomaremos nada que pueda curarnos de esta visión del mundo.

¿No podemos hacernos las cosas más sencillas? Es imposible, ninguno cede. Ninguno admitirá su fragilidad, pasamos mucho tiempo perfeccionando la coraza de la que también somos presos.

Nuestro tiempo se sincronizará, vendrás silente, cubierto con la noche, oscuro, para despedirte de aquel recuerdo que te niegas a apagar... Vendrás como siempre, cuando parezca que el mundo está por acabarse. No extrañas mi cuerpo, sino la sensación de muerte que te da mirarte en mis ojos. Sabernos perdidos para siempre en la inmensidad del caos y el sabor agridulce que dejan los amores malogrados, somos adictos a este placer.

Anoche soñé que decía: “Quiero que este dolor termine, pude sentir el movimiento de mis labios rezando esta plegaria y aparecía tu silueta, las inconfundibles formas de un hombre esbelto. Me sumerjo en el mar de mi cama, buscándote incesantemente en lo profundo de sus olas para darme cuenta de que no estás”.

Aquí no hay esperanzas ni promesas que deban cumplirse, sólo existe el presente. Un cuerpo desnudo descansa bajo las sábanas, abre los ojos lentamente, sonrío porque se ha cumplido su deseo, está satisfecha, sabe que no volverán a verse nunca. Todo lo de aquella noche, para ambos, no fue más que una despedida. El lugar que les corresponde está en el recuerdo.

Después de un rato, Flora se levanta, se viste y se prepara para ir al trabajo. De alguna ventana se escapa la melodía “All we ever wanted was everything”, de Bauhaus, el día comienza de nuevo.

ÍNDICE

Rincones o la estética de la enfermedad

11

I

17

II

19

III

23

IV

25

V

28

VI

30

VII

32

VIII

34

IX

36

X

40

XI

46

XII

48

XIII

50

XIV

54

XV

58

XVI

60

XVII

62



Rincones, de Silvia Yulmaneli Moreno León, se terminó de editar en agosto de 2022, en Toluca, Estado de México. Para su formación se usó la familia tipográfica Kievit, de Michael Abbink & Paul van der Laan, de la Fundidora Font Font. Diseño y formación: Rogelio González Pérez.

Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández, Jimena Ramírez Olivares y la autora.

Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvarez.

Algunos nacemos y crecemos con suerte. No es así para Flora, joven profesionalista graduada en Letras, que llega a Ciudad de México en búsqueda de alivio y futuro. El trastorno límite de personalidad que padece le conduce a estados depresivos que busca mitigar intentando fugarse de esta vida y con relaciones sentimentales intensas, solidarias y aventureras.

Rincones se narra desde los recuerdos y reflexiones de Flora, con relatos cuya nobleza hace experimentar su angustia por saber qué originó su enfermedad; sufrir con ella el hastío de las horas interminables en un trabajo extraño y de paga miserable, y lamentar las desafortunadas experiencias terapéuticas, religiosas y médicas que derrumban su esperanza por recuperar el sentido de la vida y la orillan a resignarse por no poder sanar.

Sujeta a la ansiada paz de cada noche, Flora escapa de su pensamiento, sabe que el destino es incierto y la vida renace al amanecer del nuevo día en que podrá disfrutar un momento antes de que reaparezcan las calamidades.